Enamorada

 A los dieciséis años conocí a Luis, el hombre de mi vida. Él tenía diecinueve años. Éramos dos adolescentes con toda la vida por delante.

Corría el año 1977 cuando iba a una discoteca ubicada en la calle Manuel Becerra, en Madrid. Se llamaba Mónaco. Mis amigas y yo éramos asiduas y nos juntábamos con conocidos (no se les puede llamar amigos, simplemente conocidos). El caso es que un fin de semana apareció Luis por la discoteca. Nos presentaron y estuvimos toda la tarde juntos. Sus amigos ya le habían hablado de mí: “Es muy agradable y simpática, pero no se enrolla con nadie, lo hemos intentado todos. A ver si tú lo consigues”.

En cuanto le vi, sentí que me atraía… La melena le llegaba a los hombros, cosa que no me agradaba. Me dijo que acababa de llegar de Barcelona con su padre y que no paraba mucho por Madrid. Iba donde le salía trabajo a su padre y donde más le pagaban. Me sentía a gusto con él, estuvimos casi toda la tarde charlando y se me pasaron las horas en un instante.

Al día siguiente, volvimos a encontrarnos en la discoteca. Yo deseaba que fuera, y apareció, pero no le reconocí, se había cortado la melena:

 —No te reconocía, Luis. ¿Por qué te has cortado el pelo?

 —Porque me voy a la mili y me van a afeitar la cabeza. La tengo llena de cicatrices de lo malo que he sido cuando era pequeño, y de las veces que me he pegado y me han pegado. Me miró a los ojos, que me atravesaron, y me dijo:

 —He venido a buscarte. No me puedo quedar en la discoteca, llevo playeros, pero el portero me ha permitido pasar un instante porque le he dicho que venía a buscar a una persona.

Yo no podía apartar mis ojos de los suyos, estaba hipnotizada. Entonces le sonreí, tomé su mano y le dije: